

SE FUE UN HOMBRE GRANDE

El 9 de diciembre de 2013, 65.000 personas desafiaron a la lluvia para reunirse en el Soccer City Stadium de Sudáfrica y rendir tributo a un hombre llamado Nelson Mandela. A ellos se unieron más de cien jefes de estado de todo el mundo. El mayor número que jamás ha asistido al funeral de un rey, un presidente, un primer ministro o un papa. No sólo se soportó la lluvia, sino que se la consideró una señal de bendición. Mi primo, Bernard Spang (que luchó durante mucho tiempo contra el Apartheid en aquella tierra desde su posición como jefe ejecutivo de las Iglesias Congregacionales de Sudáfrica), me dijo que la lluvia en una boda o un funeral se considera en África una señal del favor divino. La gente, todos los líderes políticos y hasta la lluvia quizá vinieron a rendir homenaje a un hombre que había pasado 27 años de su vida adulta en prisión pero que había descubierto, en palabras de San Pablo, que "Dios actúa en todas las cosas para el bien". Este hombre ensanchó lo que potencialmente significa ser humano de un modo que la mayoría casi ni puede aún imaginar. En este primer día de un nuevo año en la historia humana, parece apropiado pararse a rendir tributo a esta persona que, probablemente, hizo más en su vida por cambiar las cosas en el mundo que ninguna otra de las que han fallecido en 2013.

Nelson Mandela nació en 1918 en el pueblo de Mvezo y se crió en Qunu, donde se le acaba de enterrar. Era miembro de la tribu Xhosa y su nombre de pila era Rolihlabia, que literalmente significa "el alborotador". Desde el punto de vista de la clase dominante en Sudáfrica (los descendientes de holandeses conocidos como Africaners), hizo honor a su nombre. Su padre fue jefe del pueblo Thembu, que era una subdivisión de la nación Xhosa. Cuando Mandela nació, esta zona se consideraba parte del Transkei, un ex-protectorado británico en el sur. Los británicos despojaron a su padre de la jefatura por "delito de insubordinación". Sin embargo esta familia estaba orgullosa de sus raíces y de su herencia. Se les enseñó a no aceptar nunca la idea de su inferioridad que sus opresores trataban de imponerles. Creían que el ser humano tenía dignidad propia y entendieron que "lo negro es bello" mucho antes de que la frase fuera acuñada por el movimiento de los derechos civiles. Receptor de esta herencia, Nelson Mandela heredó también de su familia la negativa a ser subordinados de nadie. Ni la prisión ni paso del tiempo podrían destruir ya nunca esta definición de lo que era su esencia.

La historia de su nación, situada en la parte más meridional del continente africano, fue problemática, ligada como estaba a la búsqueda colonialista de riqueza. Los holandeses y los ingleses se disputaban el control del oro y de los diamantes de Sudáfrica. Las Guerras de los Boers (1880-1881 y 1899-1902), que enfrentaron a los británicos con los colonos holandeses, se libraron tres o cuatro décadas antes del nacimiento de Mandela. Aquellas guerras se saldaron con una victoria británica que provocó un furioso resentimiento en la población *afrikáans*. Este resentimiento no se superó hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando, finalmente, la población holandesa alcanzó el poder político e instauró la política del *apartheid*, que supuso el inicio del sometimiento sistemático de la población negra. Los nativos africanos perdieron su ciudadanía y fueron realojados en unos "territorios" asignados a la fuerza, y que el partido holandés gobernante ubicó en las zonas del país que la comunidad blanca no quería. En dichos

"territorios" la tierra era tan pobre que, para la población negra, la perspectiva de pobreza era segura y su supervivencia algo amenazado. La separación forzosa de negros y blancos se convirtió en ley. No se permitía a los negros permanecer en las zonas de los blancos tras la puesta del sol. En este estado policial, la policía local no tenía oficiales negros. En todo momento, la población negra tenía que llevar pases de identificación; y carecer de ellos era una forma segura de ir a la cárcel. A muy pocos negros se les permitió tener pasaportes para poder salir del país. Los niños negros no debían recibir más educación que la que les permitiese hacer tareas domésticas, pues de esto era de lo más que los blancos los consideraban capaces. Nelson Mandela llegó a la madurez en esta clase de mundo.

Sus capacidades, así como su origen familiar, hicieron que Mandela se convirtiese en abogado aunque por entonces aún no tenía un título. Luego se identificó con el movimiento de resistencia y comenzó a vivir en los límites de lo que, en aquella tierra, se consideraba "legal". Cuando no hay forma legal de reparar los agravios, la gente, inevitablemente, emplea medios ilegales con que garantizar su supervivencia. Mandela se unió al Congreso Nacional Africano. Participó en actividades de guerrilla en contra del gobierno. Finalmente, lo arrestaron y cumplió pena de prisión en una cárcel de Johannesburgo. Cuando fue liberado, volvió a trabajar en el CNA y fue arrestado de nuevo, esta vez acusado de sabotaje y de traición (delitos capitales ambos). En el juicio, el gobierno de Sudáfrica pidió para él la pena de muerte. Por aquel tiempo, un elocuente y ya impresionante Mandela había sido elegido por el Congreso Nacional Africano para ser la cara visible del movimiento negro de resistencia, por lo que toda la nación prestó gran atención en su juicio. La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó incluso una resolución (casi unánime) pidiendo al gobierno de Sudáfrica que le perdonara la vida. Se consiguió la liberación de uno de los acusados y que los otros cuatro, entre ellos Mandela, fueran condenados a cadena perpetua en la isla de Robben, una prisión de máxima seguridad. Nelson Mandela tenía 44 años cuando entró en aquella prisión. Tenía 71 cuando lo liberaron. En el mismo momento pasó directamente de la prisión a las negociaciones que iban a suponer la transferencia de poder en Sudáfrica, de la minoría blanca a la mayoría negra. Esto se logró sin guerra civil y Mandela se convirtió en el primer presidente negro electo. Este traspaso pacífico del poder no tiene precedentes en la historia del mundo. Mandela se convirtió en un ser humano universalmente admirado, honrado en su vida y en su muerte por todo el mundo. ¿Cómo ocurrió este milagro? Nelson Mandela amó más y vivió más que sus enemigos. No me refiero a que vivió más años que ellos (aunque también esto fue así) sino a que los adelantó en la calidad de su vida, en su humanidad.

Observé la lucha sudafricana desde una perspectiva privilegiada: la de alguien que, en América, estaba comprometido en la lucha contra la segregación, que fue nuestra versión del Apartheid. Los momentos de transición en la vida de la nación nunca son fáciles. Cuando condenaron a Mandela a cadena perpetua, yo atendía una iglesia en Lynchburg, Virginia. En el Sur, nuestra batalla en torno a la segregación fue feroz. El pastor de la Iglesia Bautista de Thomas Road, en Lynchburg, era un tal Jerry Falwell, el cual fundó lo que hoy se conoce como Universidad Bautista de la Libertad, que es una escuela de segregación. Falwell se refirió públicamente a Nelson Mandela como "un comunista" y afirmó que el gobierno del Apartheid de Sudáfrica era lo único que

impedía que toda África se convirtiera en un continente comunista. En aquellos días, la acusación de comunismo se lanzaba contra cualquier fuerza que amenazara el *status quo* del poder blanco.

En 1976, recién elegido obispo, hice mi primer viaje a Sudáfrica. El Apartheid estaba en su apogeo. Me detuve en el límite entre Soweto, la ciudad negra, y Johannesburgo, la ciudad blanca, y vi la riada de trabajadores negros que entraban en la ciudad al amanecer y luego volvían a Soweto cuando empezaba a caer la noche. Unas tres semanas antes de mi llegada, los disturbios en Soweto habían sido reprimidos con una fuerza policial masiva, y había habido una matanza de varios cientos de personas, en su mayoría adolescentes y gente joven. La policía blanca arrojó sin ningún cuidado sus cuerpos sobre la plataforma de los camiones y los llevó a la morgue, donde los padres acudían afligidos, en busca de sus hijos fallecidos. Quien prestó su voz a Soweto, e interpretó lo ocurrido en los disturbios para todo el mundo, fue el deán de la Catedral de St. Mary, alguien llamado Desmond Tutu.

Durante mi estancia en Johannesburgo, me uní a otros ocho obispos anglicanos para consagrar a Desmond Tutu como obispo de Lesotho, uno de los "territorios" negros. En las reuniones a las que asistí, celebradas en un centro de conferencias en Rosettenville, un suburbio de Johannesburgo, negros y blancos nos reunimos juntos, lo que suponía una violación de las leyes del Apartheid. Fue mi primera experiencia de desobediencia civil. Desmond y yo llegamos a ser buenos amigos. Cuando, en el curso de su carrera, su relevancia se fue haciendo mayor, logramos sacarlo de Sudáfrica en tres ocasiones y traerlo a la Diócesis de Newark para aliviar la presión en que vivía. Más tarde llegó a ser Obispo de Johannesburgo y, finalmente, Arzobispo Primado de Ciudad de El Cabo. En esa misma visita también me reuní con muchas personas del movimiento de resistencia, incluso con algunos que estaban bajo arresto domiciliario, con los que hablé en el césped de sus casas. Cuando le retiraron el pasaporte a Desmond y ya no pudo viajar, fui personalmente a la Embajada de Sudáfrica en Washington para registrar mi protesta. Pude oír cómo se mofaban al hablar de él.

En 2007 regresé a Sudáfrica para dar una serie de conferencias en las universidades de Pretoria y de Johannesburgo. Había terminado el Apartheid pero sus efectos aún perduraban. En aquel momento, Nelson Mandela había concluido su mandato como presidente y había renunciado a un segundo mandato. Thabo Mbeki se convirtió en el segundo presidente negro de Sudáfrica. En esta ocasión dimos una vuelta por los nuevos edificios del gobierno y mi primo Bernard nos llevó al lugar donde Mandela había cumplido condena en la cárcel de Johannesburgo, convertida ahora en museo. Leímos la nueva Constitución de Sudáfrica, que prohibía toda discriminación, ya fuese por motivos de raza, credo, sexo u orientación sexual. Vimos el puente de Nelson Mandela. Comimos con amigos negros en restaurantes que antes habían estado cerrados para ellos. Vimos los frutos de la *Comisión para la Reconciliación y la Paz* de Mandela, creada no para la venganza sino para el perdón, que es el camino para acabar con el mal del pasado. Vimos cómo este gran hombre hizo posible una Sudáfrica unida, al mitigar la amargura producida por el Apartheid en la población negra y dar seguridad a los blancos que vivían con miedo a la venganza. Estos fueron los regalos de Nelson Mandela a su nación y al mundo. Fue una de esas personas que han enseñado al mundo lo que significa trascender los miedos enraizados en nuestra

biología y en nuestro instinto de supervivencia, y a engendrar una nueva comprensión de la humanidad basada en la integridad, el perdón y el bien común. Estos seres son raros, pero sin duda Nelson Mandela fue uno de ellos.

Una vez, un niño que miraba a un santo en una vidriera de una iglesia oscura afirmó que un santo debe ser una figura a cuyo través entre la luz en el mundo. Con esta definición en mente, propongo a Nelson Mandela para la santidad.

- John Shelby Spong